



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO



LA NIÑA JUICIOSA

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Para un maldiciente*, por M. del Palacio.—*El fin de aquél*, por E. de Palacio.—*Crónica científica*, por P. Gener.—*Nuestros grabados*.—*Ley del contraste*, por J. Martí Folguera.—*La confesión de un crimen*, (conclusion) por A. Palacio Valdés.—*La madre de lord Byron y la madre de Lamartine*, (continuación) por C. G. de Flaquer.

GRABADOS.—*La niña juiciosa*.—*Una serenata*.—*Bojar Orsch*.—*Rafael Sanzio*.—*Los dos ángeles de la Madona sicihana*.—*Desgracia de un galán en el skating-rink*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

ODA júbilo es hoy la gran Toledo.
Mejor dicho: España entera está de enhorabuena con motivo de la venida de los reyes de Portugal, y de su estancia en Madrid.

De algun tiempo acá, las simpatías que mutuamente se profesan ambos pueblos, el lusitano y el español, han aumentado de un modo considerable y, con justa razón, uno y otro han comprendido que sus intereses, lejos de ser opuestos, eran y debían ser comunes; uno y otro se han penetrado de la verdad que nosotros desde un principio hemos sostenido: de que sólo la unión constituye la fuerza, y de que esta unión no supone, en modo alguno, la absorción de ninguna de las dos potencias que deben estar unidas.

Por eso la simpatía que ambos pueblos se profesan, no ha esperado más que una ocasión propicia para demostrarse, y tal ha sido la fuerza de las circunstancias, tal la dichosa casualidad con que se han combinado los acontecimientos que, en vez de una, han sido dos las ocasiones que se han presentado.

Primera ocasión:

La ida á Madrid de la excelente compañía portuguesa en la que figuran la primera actriz D.^a Lucinda Simoes, y el primer actor Furtado Coelho, y de la que es también parte la excelente característica Maria dos Dores, no há mucho todavía, primera actriz.

Los tres nombres que acabamos de citar, constituyen la representación de otras tantas glorias del arte escénico, y así lo ha reconocido el público que diariamente, con sus aplausos, ha premiado el mérito de la compañía que actúa en el Teatro de la Comedia de Madrid.

La ocasión segunda, no es otra que el viaje á la corte de los monarcas lusitanos, recibidos en todas partes y en todas cuantas ocasiones se han presentado, con demostraciones de simpatía que tanto se dirigen á tan augustas personas, como á la nación que dignamente representan.

Si que esto se haga me causa profunda alegría, no puedo decir otro tanto de la resolución adoptada por las Cortes suspendiendo las sesiones durante las fiestas. Más bien parece que deberían haber procurado ofrecer á los soberanos del vecino reino una muestra de lo que es el sistema constitucional español y un motivo para que hubiesen podido apreciar en lo que valen, de un modo práctico, nuestros más sobresalientes oradores, que no vacilo en afirmar que son los primeros del mundo.

De todas maneras, y prescindiendo de los lunares insignificantes que dejo indicados, es lo cierto que, como dije al principio, Madrid, y con Madrid España entera, está de fiesta con el motivo citado.

Otro tanto pasa en las heladas regiones septentrionales, de Rusia, que reconocen aún la supremacía de la antigua capital del imperio, de Moscow, donde se verifican actualmente las imponentes ceremonias de la coronación del czar, en el Kremlin, sin que, hasta la fecha, hayan dado

márgen los nihilistas á que ocurran desgracias personales que lamentar.

Y como no es cosa de que esta revista, principiada bajo tan alegres auspicios, acabe de un modo triste, ni quiero hablar á Vdes. de la actitud agresiva que nuevamente adopta Bismarck respecto al Vaticano, ni de la crisis del ministerio italiano, ni de la nueva invención de los cañones de seda, ni mucho menos de los novísimos fusiles con los que, disparando frente al enemigo, se hiera á éste por la espalda.

Quede todo ello, si lo mereciere, para otra semana, pues en ésta da por terminada su misión

EDUARDO BLASCO.

PARA UN MALDICIENTE.

(EPITAFIO)

El que este mármol encierra
vivió, si se vive así,
con la humanidad en guerra,
y aunque inmóvil yace aquí,
sigue mordiendo la tierra.

Sólo no hirió su aguijón
á su madre, noble acción
que elogiarsele podría
á no mediar la razón
de que no la conocia.

MANUEL DEL PALACIO.

EL FIN DE AQUÉL

Donde dice *aquél* puede leerse *el cerdo*; pero en obsequio á la moral empleo el *pseudónimo*.

¡Pobres víctimas!

Pertenece cada cual á una familia de la sociedad, pero todos á la misma familia animal.

Padres, madres, hermanos, tíos, primos, amantes y amigos, grandes y chicos, todos perecen en la misma época del año.

Época triste, de luto y horror. ¡Y hay quién dice que existe una sociedad protectora, con ramificaciones en el extranjero!

¡Y no levanta una protesta contra esa hecatombe anual de seres inofensivos!

Las personas sensibles que hayan presenciado esas escenas de horrible matanza y de sangriento recreo, ¿tienen conciencia?

—Mire usted, caballero,—exclamaba un socio protector, —yo no soy cochino, por lo ménos á sabiendas y conscientemente, pero en algunas ocasiones hubiera deseado serlo.

—¿Para qué?—le pregunté.

—Para concluir con algunos verdugos voluntarios. ¡Es afrentosa para la humanidad esa Saint-Barthelemy anual!

La terrible matanza se ejecuta en los corrales de las casas, ó en el campo.

Algunos infelices sucumben oficialmente en masa ó en pelotones, en los mataderos autorizados por el gobierno de los hombres.

En los pueblos los alcaldes suelen ser los primeros asesinos.

¿A qué primera autoridad municipal bien acomodada falta una víctima?

¿En casa de qué alcalde rural, generalmente hablando, porque habrá tal vez excepciones, no se encuentra un cerdo?

¿Qué es ver á cada jefe de familia ó de peloton, arremangadas las de la camisa, cuchillo en mano y rodeado por todos los individuos de la casa, grandes y pequeños, dirigirse al patio ó al corral, en una palabra, al lugar desti-

nado para la ejecucion, donde espera la inocente y grasiada victima, rebozando su lomo en el fango con la tranquilidad del justo no aseado!

¡Qué es ver los preparativos para el crimen, dispuestos á ciencia y paciencia del alcalde, del juez de primera instancia, del municipal, y del jefe del puesto de la guardia civil!

¡Qué es ver á las mozas así como á las ancianas, dispuestas á teñir sus manos en la sangre de la victima, para elaborar las moreillas con que han de regalarse durante algunos meses!

¡Ellas, los seres sensibles recreándose en el espectáculo del crimen y asistiendo, tal vez con la sonrisa en los labios, á las agonias de un pobre animal tan gordo y repugnante como inofensivo y sustancioso!

¡Ellas ocupadas más tarde en tostar la piel del difunto, en las llamas del hogar, despues de bañarla en agua hirviente!

¡Baño cruel! ¡Sarcasmo infame! ¡Despues de asesinar al infeliz, sienten repugnancia por afeitarse en seco!

El jefe de la familia, ó por delegación de éste, el heredero inmediato, ó el *testamentario*, avanza cuchillo en mano hasta el lecho donde gruñe, duerme y sueña, ó se rasca, la victima.

La leña chisporrotea en el hogar; el viento zumbando penetra á través del tubo de la chimenea, y parece murmurar algunas notas de la marcha fúnebre de Chopin, ó de cualquiera otra marcha.

Los perros de la casa y aún los convecinos, pugnan por asistir al cruel sacrificio.

Las muchachas y los muchachos bailan de gusto.

¡Qué humanidad tan perversa!

Hoy como ayer y mañana como hoy, vé y verá siempre hasta con fruicion, la muerte de un sér cuyo único delito es el de haber engordado sin vergüenza.

Extended la penalidad á cuantos *animales* de reconocida inutilidad engordan, no se sabe cómo, ¿y qué será de la sociedad? Es decir: ¿qué será de algunos *socios*?

¡Cuánta alegría en los semblantes! ¡Cuánta impaciencia en los espiritus!

Llega el instante fiero y el ejecutor de la matanza ata piés y manos de la victima, para que no oponga resistencia.

La familia del asesino y los amigos invitados á devorar los primeros restos *propiciatorios*, le rodean y fijan sus miradas en el que va á morir, ó contribuyen á la previa operacion de la ligadura.

El sér que dentro de pocos segundos dejará de ser, murmura una especie de peteneras tristes, muy tristes y muy sentidas.

Luégo... el cuchillo penetra en la garganta de la victima, cortando en ella la última nota.

Un momento despues, la sangre de la victima brota de la ancha herida y llena una artesa colocada al efecto.

—¡Qué hermoso!—murmura una anciana que ya ha presenciado más de cuarenta ejecuciones semejantes,—pero era mayor el que matamos cuando yo me casé con el difunto.

Esto parece una barbaridad, y lo es en efecto, porque nadie se casa con un difunto y porque la buena mujer parece que alude á otro cochino ya finado.

—¿Con quién?—pregunta el nieto de la anciana.

—Con tu abuelo, hombre.

—Entónces todo era mejor,—replica irónicamente la sub-nuera.

—Todo viene á ménos,—continúa la vieja,—los cochinos y las personas, mal comparados y mejorando los presentes.

—Muchas gracias, abuela.

Si las personas sensibles oyeran los chistes fúnebres y las crueles sátiras que se ocurren á los asistentes á esas matanzas, se indignarian con razon.

¡Cuántos crímenes de esa clase cometen los pueblos!

En esa época del año, en los alrededores de San Andres, la sed de sangre se apodera del país.

El vecino que puede ejecutar á mayor número de cochinos, se considera más afortunado.

Y sin embargo, la vindicta pública no protesta contra tantos asesinatos.

Como dirán los lobos en su idioma:

«Un hombre no muerde á otro.»

Nosotros somos los que imponemos las leyes que in-

ventamos, no sólo á los demas animales, sino á otros hombres.

Porque entre nosotros mismos hay quien manda y hay quien debe obedecer y quien obedece.

Es decir: hay quien cobra y quien paga, hasta el pato.

Si pensáramos en que todos esos perniles sueltos tuvieron un día relacion entre si; reflexionando que en esos embutidos se encierran los despojos del que fué apreciable cerdo y, en algunos casos, de otro animal desconocido; si todo esto tuviéramos en cuenta, ¿cómo habríamos de regalarnos con esos manjares que representan crueles asesinatos?

El hombre es el rey de lo creado, dice el egoísmo.

Y para patentizar nuestra soberanía sobre los otros animales, los esclavizamos ó nos los comemos.

Es verdad que tambien nos devoramos los hombres, unos á otros.

EDUARDO DE PALACIO.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Algunas observaciones hechas en Paris sobre las causas del *tifus*.—Manera de tallar la piedra de los antiguos incas del Perú.—Estadística de los periódicos de Paris.

Parece deducirse de los últimos estudios de M. Pasteur y de varias estadísticas y planos publicados acerca de la epidemia tifoidea que reinó en Paris en el pasado otoño, que los *microbros* (*seres de corta vida* significa la palabra) que la producian eran llevados por el aire á merced de las corrientes. Así la epidemia se cebaba en un barrio ó en otro segun el viento soplabá en una ó en otra direccion. Luégo parece haber influido extraordinariamente la limpieza relativa de los barrios dichos, pues que el del parque Monceau, uno de los más aristocráticos de Paris, en el cual hay muchas casas habitadas por una sola familia y rodeadas de jardines, fué el ménos atacado; en cambio en el séptimo *arrondissement*, donde están los varios cuarteles de la escuela militar, la mortalidad alcanzó el grado máximo.

Lo mismo le pasó á Clichy y á Rochechouard, donde la presencia del cementerio del padre Lachaise y las infinitas aglomeraciones de viviendas pobres y mal cuidadas constituian verdaderos focos de infeccion.

Segun resulta de las investigaciones de sabios americanos, hase descubierto el cómo los antiguos incas del Perú tallaban la piedra. El sistema es muy curioso. Se extraia la piedra de las canteras, dividiéndola por el color; se la calentaba con fogatas de paja ó troncos, y una vez caliente se le echaba súbitamente encima una gran cantidad de agua fría, y la piedra se agrietaba, y aún saltaba á pedazos; para sacarla de las canteras y elevarla á las alturas que les convenia, á fin de construir sus edificios, servianse de planos inclinados y la subian ó bajaban empujándola, ó tirando de ella con cables ó cuerdas que fabricaban los indios. Servianse para tallarla de útiles de cobre aleado con estaño,—pero éstos eran más para pulir ó grabar que para desbastar,—para esto usaban un procedimiento harto raro. Se dibujaba ó se mauchaba con ceniza todo lo que se quería que quedase de relieve; luégo se calentaba toda la superficie de la piedra. Como la piedra era calcárea, las partes no protegidas por la ceniza se calcinaban y quedaban pulverulentas. Con unas escobas de unos filamentos vegetales duros, quitaban ese polvo de la calcinacion y quedaban los huecos limpios. Luégo con los cinceles de cobre acababan la obra puliendo y grabando diversos puntos del bajorelieve. Esta era la manera de esculpir de los habitantes del Perú en la civilizacion en que los hallaron los españoles, segun Raimondi.

Una estadística curiosa acabase de hacer sobre los periódicos que ven la luz pública en Paris. Segun ella salen 1291 hojas, diarias, semanales, etc., de las cuales 59 son periódicos religiosos, 110 de jurisprudencia y derecho, 240 de economía política, comercio y negocios, 22 de geografía y de historia, 128 de lectura recreativa, 38 de ins-



UNA SERENATA



BOJAR ORSCH

truccion pública, 62 de literatura seria, filología y bibliografía, 11 de bellas artes, 3 de fotografía, 9 de arquitectura, 3 de arqueología, 15 de música, 29 de teatros, 73 de modas, (de los cuales tres son de sombrerería y peinado), 138 de tecnología de industrias diversas, 92 de medicina, cirugía y farmacia, 51 de ciencias, en general, 24 de arte militar y marina, 28 de ciencias de aplicación á la agricultura, 18 de literatura y ciencias hípicas, y 23 inclasificables. Los diarios políticos de una ó dos ediciones por día, y de mañana ó de noche, son 67. Hase observado que mientras el promedio de éstos no aumenta sensiblemente, va aumentando de una manera considerable el de los periódicos científicos, industriales y financieros. Esto dice mucho en favor de Paris.

POMPEYO GENER.

Paris, 12 Mayo.

NUESTROS GRABADOS

LA NIÑA JUICIOSA.

Una verdadera madrecita para el chiquitín. Ella le viste, le da de comer, le pasea, le hace jugar y le hace dormir. Su madre tiene un verdadero descanso en aquella rapazuela que al revés de sus compañeras, se hace superior á las infantiles distracciones y desempeña en la pobre morada el papel de niñera, camarera y zurcidora, sin perder por eso ni la aureola de la inocencia ni el encanto de la niñez.

UNA SERENATA.

Eterno tema de poesía será cuanto se refiera á la romanesca Venecia. Todo adquiere un tinte á la vez sombrío y voluptuoso en tratándose de aventuras y episodios ocurridos en la peregrina joya del Adriático. Desde Shakespeare á Victor Hugo, desde nuestros dramáticos del siglo XVII á Martínez de la Rosa, desde Rossini á Donizetti, desde el Ticiano á los acuarelistas contemporáneos, Venecia ha sido el gran manantial de inspiración para escribir comedias y novelas, componer óperas y serenatas y pintar cuadros de todo género. Quizas no haya ciudad cuyos monumentos sean más conocidos.

El asunto de nuestro grabado está tomado de una de aquellas serenatas terminadas las más de las veces trágicamente, al pálido resplandor de la luna y junto á la piadosa efigie de una antigua Madona, alumbrada por la tremula claridad de una linterna.

BOJAR ORSCH.

Así se titula un poema de Lermontoff, en el cual se pinta una de esas pasiones propias de todos los países y todas las épocas, siempre interesante con ser en realidad un feísimo delito. Dicho se está que hablamos del adulterio.

El ultrajado esposo sorprende á los desdichados criminales, mostrando en la ferocidad de su mirada la espantosa expiación que se dispone á hacerles sufrir, porque si en todas partes se ven horrendas venganzas de maridos ultrajados, en Rusia suelen ser monstruosas, habiéndose dicho por algo que bajo la piel del ruso aparece siempre la del tártaro, no domado todavía á pesar de su aparente civilización.

RAFAEL SANZIO.

¡Envidiable existencia la de Rafael, única, maravillosa!

Feliz fué, en efecto, noblemente feliz, y su dicha se refleja en todas sus obras. No conoció los largos años de espera que han pasado y pasan la mayor parte de los artistas. No experimentó los sufrimientos de la pobreza, del orgullo herido, de la humillación, ni de la indiferencia. A los veinticinco años era el primero de los pintores, y gracias á la elevada posición de su tío Bramante, pudo ahorrarse toda intriga y toda solicitud. Un solo rival podía oponérsele, Miguel Ángel, y en vez de envidiarle ó aborrecerle, siempre se inclinó ante él con tanta admiración como modestia. Fué extremadamente amable y extremadamente amado; los grandes se disputaban el honor de festejarle y sus discípulos le rendían verdadero culto. El amor no le proporcionó ninguna de sus torturas; amóle quien quiso que le amara. Creaba sus obras con la misma espontaneidad con que un árbol produce sus frutos; el espíritu ideaba sin esfuerzo y la mano pintaba sin vacilación. Las virgenes del Pezguino y las estatuas desnudas que resucitaban de la Grecia, fueron las madres de su ideal, surgiendo éste y tomando forma, revestido de toda la dulzura cristiana y de toda la fuerza y armonía del paganismo helénico.

Pintó siempre seres en que se encarnaba la nobleza, la dicha, la bondad, la belleza y la ternura, y murió joven, adorado y glorioso. Tal fué Rafael de Urbino, autor de la *Virgen de Foligno*, la *Virgen de la Silla*, el *Pasmo*, y la *Farnesina*, un techo de comedor digno del cielo.

LOS DOS ÁNGELES DE LA MADONA SIXTINA.

Célebre es el cuadro cuyo título acabamos de escribir; admirase dicha obra en la galería de Dresde, y á ella pertenecen los dos ángeles que figuran en nuestro grabado, cuyo dibujo y composición atestiguan el genio de su autor.

DESGRACIA DE UN GALAN EN EL SKATING-RINCK.

Es una aventura bastante frecuente en los skating-rinck y que á veces produce lastimosas consecuencias. La verdad con que el artista ha sabido representar la escena, demuestra que repetidas veces se habrá hecho cargo de semejantes lances, capaces de dar al traste con la más violenta pasión que un sietemesino haya podido inspirar á una patinadora.

LEY DEL CONTRASTE

Cuando apuntan violetas azuladas
entre céspedes tiernos;
cuando vuelven las raudas golondrinas
á los antiguos techos;
cuando vagan los pájaros y llenan
con sus notas el viento;
cuando levanta tanta flor las olas
de su invisible incienso;
cuando la fresca y jóven primavera
sonríe en tierra y cielo;
por no sé qué contraste, en mi alegría,
pienso en el triste invierno.

Y cuando han muerto las postreras flores
y sucede el silencio
á los dulces gorjeos de los pájaros,
y el campo está desierto;
cuando han partido ya las golondrinas
y ruge ronco el viento
y resenan del mar, alborotados
bramidos, á lo léjos;
cuando escuálido y áspero y tristísimo
imperera el rudo invierno;
por no sé qué contraste, ¡oh primavera!
en ti tan sólo pienso.

JOSÉ MARTÍ FOLGUERA.

LA CONFESION DE UN CRÍMEN

(CONCLUSION)

Profunda debió ser la impresión que esta noticia causó en el ánimo de Asuncion, porque no volvió á despegar los labios y siguió escuchando consternada las razones de su amiga, que las amontonaba de un modo incoherente pero con resolución.

El paseo se iba poblando poco á poco. El sol no se enseñoreaba ya sino de uno de los ángulos del salón: al retirarse dejaba claro y nítido el ambiente, en el cual resaltaban con admirable pureza el obelisco del Dos de Mayo y las agujas del museo de Artillería y de San Jerónimo. Los pequeños retrocedían ante la invasión de los grandes á los parajes más apartados, donde establecían nuevamente sus juegos. Un chico rubio, vestido de marinero, con cara de desvergonzado se quedó fijo delante de nuestras niñas contemplándolas con insistencia, y no hallando al parecer conveniente la gravedad que mostraban, se puso á hacerlas muecas en sôn de menosprecio. Luisa, al verse interrumpida en su discurso, se levantó furiosa y le tiró por los cabellos. El chico se alejó llorando.

Al cabo de un rato, cuando ya me disponía á dejar la silla para dar algunas vueltas, oí exclamar á Luisa:

— ¡Calla... calla... me parece que ahí viene Lola!

Asuncion se estremeció y levantó la cabeza vivamente.

— Sí, sí, es ella, — continuó Luisa. — Viene con Pepita y con Concha y Eugenia... Es el primer domingo que viene despues de la muerte de su hermano... ¡No te pongas así, niña!... No te asustes... verás, yo lo voy á arreglar todo.

Asuncion, en efecto, había palidecido y estaba clavada é inmóvil en la silla como una estatua. Pronto divisé un grupo de niñas de su misma edad que se aproximaba; en el centro venía una completamente enlutada, morenita, con grandes ojos negros y profundos que debía ser la causante de los temores de Asuncion. Luisa se levantó á recibirlas y echó una carrerita para cambiar con ellas buena

partida de besos cuyo rumor llegó hasta mis oídos. Asuncion no se movió. Al llegar, todas la saludaron con efusion no siendo por cierto la ménos expansiva la enlutada Lolita. Despues de cambiadas las primeras impresiones observé que Luisa hacia señas á Asuncion en ademán de pedirle algo, y que Asuncion lo negaba, tambien por señas, pero con energia. Luisa, sin embargo, se resolvió á hacer lo que pretendia á despecho de su amiga, y llegándose á Lola, le dijo:

—Mira, Asuncion tiene que decirte una cosa; ve á sentarte junto á ella.

Lolita se vino hacia la melancólica niña y le preguntó cariñosamente tocándole la cara:

—¿Qué tienes que decirme, Conchita?

La pobre Asuncion, completamente abatida, no contestó nada; visto lo cual por su amiga, tomó asiento al lado, y la instó con mucha viveza para que le contase lo que la ponía tan triste.

—Mira, Lola,—comenzó con voz temblorosa y casi imperceptible,—despues que te lo diga ya no me querrás.

Lola protestó con una mueca.

—No, no me querrás.... Dame un beso ahora.... Despues que te lo diga no me darás ningun otro....

Lolita se manifestó sorprendida, pero le dió algunos besos sonoros.

—Mañana hace un mes que murió tu hermano Pepito... Yo sé que has tenido una convulsion por haber visto la caja... A mí no me han dejado ir á tu casa porque decían que me iba á impresionar, pero toda la tarde la pasé llorando... Luisa te lo puede decir... Lloraba porque Pepito y yo éramos novios... ¿no lo sabías?

—¡No!

—Pues lo éramos desde hacia dos meses. Me escribió una carta y me la dió un día al entrar en tu casa: salió de un cuarto de repente, me la dió y echó á correr. Me decía que desde la primera vez que me había visto le había gustado, que podríamos ser novios si yo le quería y que en concluyendo la carrera de abogado, que era la que pensaba seguir, nos casaríamos. A mí me daba mucha vergüenza contestarle, pero como á Luisa le había escrito tambien Paco Núñez declarándose, yo por encargo de ella le dije un día en el paseo: «Paco, de parte de Luisa, que sí,» y á la otra vu elta Luisa le dijo á Pepito: «Pepito, de parte de Asuncion, que sí.» Y quedamos novios. Los domingos cuando bailábamos en tu casa ó en la mía, me sacaba más veces que á las demas, pero no se atrevía á decirme nada... A pesar de eso, una vez bailando, como estaba triste y hablaba poco, le pregunté si estaba enfadado, y él me contestó: «Yo no me enfado con nadie y mucho ménos contigo.» Yo me puse colorada... y él tambien... Todos los días por la tarde iba á esperarme á la salida del colegio; se estaba paseando por delante hasta que yo salía y despues me seguía hasta casa...

Aquí Asuncion cesó de hablar, y Lola, que la escuchaba con tristeza y curiosidad, aguardó un rato á que continuase, y viendo que no lo hacia, le preguntó:

—Pero, ¿por qué me decías que despues de contármelo no iba á darte más besos y todas aquellas cosas?... Al contrario, ahora te quiero más... mira como te quiero.

Y Lolita al decir esto le daba apasionados besos.

—Espera, espera... no me beses... ¿De qué murió tu hermano? ¿No dijeron los médicos que había muerto de una mojadura que había cogido?

—Sí.

—Pues esa mojadura, Lola... la cogió por causa mía... Sí, la cogió por causa mía... Una tarde en que estaba lloviendo á cántaros, fué á esperarme al colegio... Le vi por los cristales metido en un portal... en el portal de enfrente... no traía paraguas... Cuando salimos yo me tapé perfectamente porque la criada había traído uno para mí y otro para ella... Pepito nos siguió al descubierto... llovía atrozmente... y yo en vez de ofrecerle el paraguas y taparme con el de la criada, le dejé ir mojándose hasta casa... Pero no fué por gusto mío, Lola... por Dios, no lo creas... fué que me daba vergüenza...

Al decir estas palabras, le embargó la emocion, se le anudó la voz en la garganta y rompió á sollozar fuertemente. Lolita se la quedó mirando un buen rato, con ojos coléricos, el semblante pálido y las cejas fruncidas; por último se levantó repentinamente y fué á reunirse con sus amigas que estaban algo apartadas formando un grupo. La vi agitar los brazos en medio de ellas narrando, al pa-

recer, el suceso con vehemencia, y observé que algunas lágrimas se desprendían de sus ojos sin que por eso perdiesen la expresion dura y sombría. Asuncion permaneció sentada, con la cabeza baja y ocultando el rostro entre las manos.

En el grupo de Lolita hubo acalorada deliberacion. Las amigas se esforzaban en convencerla para que otorgase su perdon á la culpable. Lolita se negaba á ello con una mimica (lo único que yo percibía) altiva y violenta. Luisa no cesaba de ir y venir consolando á su triste amiga y procurando calmar á la otra.

El sol se había retirado ya del paseo, aunque anduviese todavia por las ramas de los árboles y las fachadas de las casas. La estatua de Apolo que corona la fuente del centro, recibía su postrera caricia; los lejanos palacios del paseo de Recoletos resplandecían en aquel instante como si fuesen de plata. El salon estaba ya lleno de gente.

Despues de discutir con violencia y de rechazar enérgicamente las proposiciones conciliadoras, Lolita se encerró en un silencio sombrío. Al ver esta muestra de debilidad las amigas apretaron el asedio, enviando cada cual un argumento más ó ménos poderoso; sobre todo Luisa, era incansable en formar silogismos, que alternaba sin cesar con súplicas ardientes.

Al fin Lolita volvió lentamente la cabeza hacia Asuncion. La pobre niña seguía en la misma postura, abatida, ocultando siempre el rostro con las manos. Al verla, debió pasar un soplo de enternecimiento por el corazon de la irridada hermana; destácose del grupo y viniendo hacia ella. la echó los brazos al cuello diciendo:

—No llores, Conchita, no llores.

Pero al pr nunciar estas palabras lloraba tambien. La cabecita rubia y la morena estuvieron un instante confundidas. Rodeáronlas las amigas y ni una sola dejó de verter lágrimas.

—¡Vamos, niñas, que nos están mirando!—dijo Luisa.—Enjugad las lágrimas y vamos á pasear.

Y en efecto, llevándose el pañuelo á los ojos, ella la primera, con rostro sereno y risueño se mezclaron agrupadas entre la muchedumbre, y las perdí muy pronto de vista.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.



LA MADRE DE LORD BYRON

Y

LA MADRE DE LAMARTINE

Aquel diario era el espejo donde se contemplaba su alma para engalanarse cada dia con nuevas virtudes: vivió siempre corrigiéndose, perfeccionándose.

Su diario es su fiel trasunto: se pinta con tal verdad, con tan gran sencillez, con tan admirable candor, que sus hijos la reconocen al hojear las primeras páginas de ese manuscrito íntimo que más tarde publicó Lamartine titulándolo: *Manuscrito de mi madre*.

En el susodicho diario da más importancia que á los sucesos de la época á sus sentimientos maternos y á sus deberes domésticos. Son impresiones para la familia, pero expresadas tan galanamente y acompañadas de tan profundas observaciones y tan altos pensamientos, que cautivan la atencion general.

Todas aquellas hojas autógrafas están esmaltadas constantemente con los nombres de sus hijos.

Leamos algunos fragmentos de ellas.

11 de Junio de 1801.

«Perdí un hijo, pero Dios me conserva actualmente cinco: cuatro niñas y un varon llamado Alfonso, cuyo nombre me suena bien porque lo lleva él. Se halla léjos de mí, para hacer su educacion clásica en Lyon. Yo le he dado esmeradamente la educacion moral, y con la ayuda de Dios, espero que no se pervertirá. ¡Cuánto rezo por él! Es un muchacho bueno y simpático! Dios lo conserve piadoso, cristiano, honrado; este es mi mayor deseo. La mayor de mis hijas, Cecilia, cuenta siete años y medio, es extremada-

mente viva, pero muy buena. Eugenia, su hermana, es una niña de cinco años y medio dotada de un corazón excelente y una exquisita sensibilidad. Cesarina sólo tiene dos años. Susana nueve meses, todavía se alimenta en mi seno. La educación de cuatro niñas es tarea difícil, pero cuento que Dios me asistirá. También tengo á mi cargo una parienta enferma, débil de cuerpo y de espíritu, á la cual debo tratar con solicitud maternal. Tiene derecho á ello porque es desgraciada. Mi marido, mis hijos y seis criados que debo dirigir, son mi más importante ocupación.

»¡Dios me ilumine para hacerlos felices!»

18 Setiembre 1801.

«He venido á Maçon para esperar á Alfonso. El corazón me late apresuradamente al pensar que dentro de algunas horas voy á estrechar entre mis brazos á mi querido hijo. Por fin ya llegó. Ha llegado bien, tarde para mi deseo. He ido á orar al oratorio de las señoras Focard, religiosas exclaustradas que han convertido su casa en convento: necesitaba un rato de recogimiento al pie de los altares para calmar mi agitación. Alfonso disfruta perfecta salud, lo encuentro alto, grueso, esbelto, bello. Me parece que no se ha enfriado su fe religiosa.... ¡Oh! Esto es verdaderamente lo que más me ha preocupado siempre.»

11 de Octubre de 1801.

«Hago leer á Alfonso todas las mañanas un hermoso libro escrito por un sacerdote alemán, para inspirarle bien el sentimiento religioso emanado de la naturaleza.»



RAFAEL SANZIO



LOS DOS ANGELES DE LA MADONA SIXTINA, (Rafael)

CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER. (Se continuará).

2 Octubre de 1802.

«Esta mañana he recibido una grata impresión: he visto que Alfonso leía con interés las *Confesiones* de San Agustín, que es mi libro predilecto.»

17 Diciembre 1802.

«Cada día leo con más entusiasmo las *Confesiones* de San Agustín. Quisiera imitar á Santa Mónica. ¡Qué gran madre!»

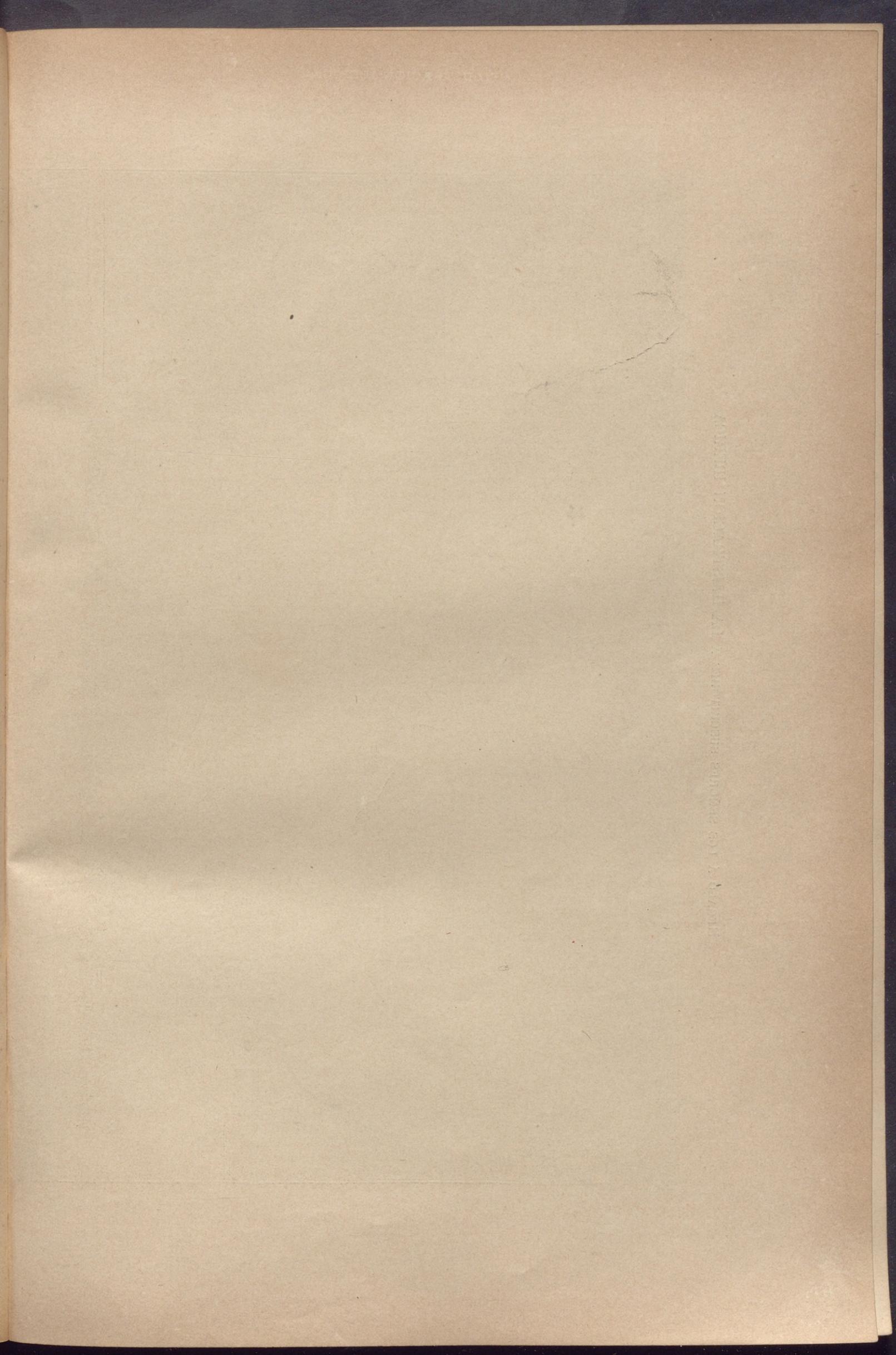
25 Setiembre 1806.

«Alfonso ha llegado de su colegio: fui á recibirlo á Maçon. Lo he encontrado mejor de lo que creía; aunque está pálido y delgado, es fuerte. Los jesuitas, sus maestros, celebran sus facultades intelectuales. Vuelve del colegio cargado de premios y de coronas. Me parece que es modesto. Sigue piadoso. ¡Que Dios le conserve estos dones, los únicos capaces de darle la felicidad. Después de abrazarlo he corrido presurosa á orar. Dios me concede más dichas de las que merezco. Lo he presentado á la familia con cierto orgullo de madre. He querido reprenderle ciertos defectillos, pero he sido blanda. Temo alejarle de mí con reproches, y temo extraviarle mimándole demasiado.»

»¡Dios mío, cuán difícil es formar un hombre!»

Setiembre de 1807.

«Estoy gozando en la soledad. Me hallo en Milly con mis hijos y mis libros; mi sociedad la forma madama de Sevigné. He dado un largo paseo esta tarde por la montaña de Craz, que se halla sobre nuestras viñas. Estaba sola. Me gustan los paseos solitarios á la hora del crepúsculo, en otoño, sin más conversación que mis impresiones, que son grandes como el horizonte y están llenas de Dios.»





DESGRACIA DE UN GALAN EN EL SKATING-RINCK

REPRODUCTION DE LA MARQUE DÉPOSÉE EN 1874